



Contra el cáncer, medicina

Supongamos que nada de lo que está haciendo se hace; que ninguna reforma laboral, financiera y en la Administración se lleva a cabo y que, por las razones que sean, todo se revoca para volver a su estado anterior. ¿Qué pasaría? La única pregunta decente que cabe hacerse en tiempos de zozobra es ésta, y ayudar a responderla debiera ser la única tarea innegociable de todo aquel partido, sindicato, patronal o medio de comunicación que de verdad se sintiera comprometido y responsabilizado de su tiempo y sus circunstancias.

mientos o Universidades? En definitiva, ¿será mejor, peor o igual el futuro si exigimos lo que nos gusta aun a costa de exponernos al riesgo de que ya no sea posible?

La respuesta a todas las preguntas es la misma: No. Sólo un psicópata se relamería de gusto antes las consecuencias de aceptar estas certezas, y sólo él impondría esta dieta estajanovista por placer, sin razón, por capricho. No fue el caso de Zapatero, y desde luego no lo es el de Rajoy: por razones de supervivencia intelectual, hay que suponerles a ambos la mejor voluntad para capear un

obra suya; como si negar la enfermedad pudiera curarla, como si la mera voluntad fuese suficiente para esquivar la metástasis y la rápida defunción. Se puede discutir la terapia, pero necesariamente ese debate no puede ser ni bronco ni agresivo y ha de responder a preguntas médicas con honestidad profesional, alejada de los focos y de intereses cortoplacistas políticos. Porque se puede elegir entre reducir la prestación sanitaria y educativa o cerrar trece televisiones autonómicas; entre cerrar embajadas o camas hospitalarias; entre subir impuestos o reducir

dad y no señalar de dónde puede cortarse es un ejercicio de irresponsabilidad, hipocresía y desvergüenza que ya nos ha llevado al borde del precipicio.

Aunque nada de los que nos pase nos guste, ¿alguien en su sano juicio puede decir que la solución está en mirar hacia otro lado o detrás, a un mundo que ya no existe y que no volverá salvo que todos entendemos la magnitud de la hecatombe y la necesidad de hacer esfuerzos comparados?

Hay mil razones para indignarse, protestar, quejarse, preocuparse y



¿Se contratará más o se despedirá menos si se mantiene una indemnización de 45 días por año trabajado? ¿Los 5,5 millones de desempleados tendrán alguna opción mayor si la Administración española mantiene un déficit anual de 65.000 millones de euros? ¿Se conseguirá más dinero y en mejores condiciones de los mercados si no se cumplen las imposiciones de la Unión Europea y se tira por la calle de en medio? ¿Tiene más futuro el Estado de Bienestar, la sanidad, la educación y la asistencia social; si no intervienen y fiscalizan los presupuestos de Comunidades Autónomas, Diputaciones, Ayunta-

temporal transformado en tormenta endémica.

Y luego indignarse, lo que haga falta, por un pasado de excesos brutales, de descontroles manifiestos, de inepticia suicida, de sometimiento voluntario a las andanzas de tres o cuatro sectores, nada representativos del trabajador y el empresario comunes, que dispararon desde el rascacielos a todo lo que se movía con la política presta a reponerles siempre las balas a cambio de un despacho futuro y un cuadro en las Cortes para que no se nos olviden sus caras.

Pero no se puede protestar contra el médico como si el cáncer fuera

administraciones inanes; entre clausurar universidades vacías o aumentar la edad de jubilación; entre adelgazar ayuntamientos o dejar de limpiar las calles y entre gastar en carreteras o reducir despachos oficiales absurdos.

Lo que no se puede hacer es una huelga general contra el cáncer que, de ser exitosa, tal vez acabe con el médico, pero sin duda será a costa de dejar un enorme cadáver en el depósito, sin posibilidad de reanimación. Toda terapia alternativa menos traumática ha de ser detallada, estudiada con ganas y tenida en cuenta si es sagaz; pero negar la enferme-

sentir un temor agudo ante un porvenir con tantas nubes como el mar de Bering en temporada de cangrejo real: en aquel rincón cercano a Alaska, dibujado a jirones como una pintura negra de Goya, el agua tiene garras y los marineros son muñequitos de trapo zarandeados a puñetazos de salitre y hielo. Pero negar la realidad conduce indefectiblemente a ahogarse en el fondo de ese mar con una sonrisa pánfila dibujada en la cara.